

ESPADAS
Y
ROSAS

MILLS BELLENDEN

ESPADAS
Y
ROSAS



VESTALES

PRÓLOGO

© Editorial Vestales, 2012

Dirección editorial: M^a Mercedes Pérez

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Bellenden, Mills
Espadas y rosas, 1.^a ed., Buenos Aires: La Educación Sentimental, 2012.
256 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1568-41-3

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-1568-41-3

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

EN EL VERANO DE 1715, UN RUMOR SE EXTENDIÓ POR TODA ESCOCIA. El heredero al trono, Jacobo Estuardo, estaba dispuesto a reclamar sus derechos al trono de Inglaterra. De inmediato, el conde de Mar convocó a los clanes escoceses en Bræmar, donde se le juró lealtad al legítimo heredero. Las hostilidades entre ambos países fueron manifiestas, y las victorias comenzaron a sonreír a los jacobitas ante la incredulidad de los británicos. Pronto empezó a correr la leyenda de que los jacobitas contaban con algún aliado entre las tropas inglesas. Alguien capaz de deslizarse entre los despachos y los campamentos obteniendo información valiosa para la causa escocesa. La osadía y la afrenta a sus enemigos llegaban al máximo cuando este personaje se marchaba dejando como firma un distintivo con espadas y rosas que demostraba su visita. ¿Quién podía ser tan atrevido como para arriesgar su vida de aquella manera? ¿Un hombre? ¿Una mujer? ¿Un grupo de seguidores de los Estuardo? Alguien que se deslizaba en la oscuridad para ocultar su identidad. Una sombra. Por eso mismo, a causa de lo poco que se sabía de esta persona, tanto británicos como jacobitas comenzaron a llamarla con el apelativo de *La sombra de Escocia*. El ánimo de los jacobitas se vio insuflado por sus hazañas que pronto comenzaron a contarse de padres a hijos; o entre los propios seguidores de los Estuardo. *La sombra de Escocia* dejaba impreso su monograma en varios lugares por donde pasaba: se trataba de un espada que accionaba sobre una rosa: la espada de Escocia que atacaba a la rosa inglesa. Espadas y rosas era su símbolo. Pronto se convirtió en un

héroe a quien todos admiraban por el valor derrochado por restaurar al Estuardo.

Pero, del mismo modo que la leyenda surgió con la fuerza repentina de una tormenta en alta mar, se desvaneció con la batalla de Sheriffmuir y con el retorno a Francia del heredero Estuardo. Muchos fueron los que pensaron que *La sombra de Escocia* había sido atrapada por los ingleses. Otros, que permanecía oculta en algún recóndito lugar de las Highlands. Hubo algunos que pensaron que esta marchó con Jacobo Estuardo a su exilio en Francia. Pero los más atrevidos y los más incondicionales decían que, como nadie conocía su identidad, *La sombra de Escocia* se paseaba tranquilamente por las recepciones de Inglaterra y Escocia recabando información y burlándose de los británicos.

Las renovadas esperanzas de ver a un Estuardo en el trono de Inglaterra llegaron con el hijo de Jacobo: Carlos Eduardo Estuardo, el joven pretendiente. Por aquellos días, muchos eran los que creían que *La sombra de Escocia* volvería a actuar. Enseguida, ese rumor creció como la tormenta. Cuando las fuerzas jacobitas lograron derrotar al general Cope en Prestonpans, corrió el rumor de que un desconocido facilitó un camino secreto a los jacobitas a través del cual lograron sorprender a los ingleses y derrotarlos. ¡*La sombra de Escocia*! El mítico nombre volvió a escucharse de boca en boca en recepciones, fiestas y bailes. Su presencia volvió a insuflar ánimo a seguidores de los Estuardo, que avanzaron por Escocia reconquistando ciudades hasta llegar a la frontera. El aliento y los logros de este personaje animó a los jacobitas a adentrarse en Inglaterra hasta llegar a Carlisle.

Sin embargo, allí, en las puertas del triunfo, los jacobitas comenzaron a retroceder ante el empuje de las tropas británicas. Las derrotas se sucedieron hasta que llegó el desastre de Culloden Moor, y con esa batalla el fin de las esperanzas de miles de jacobitas. *La sombra de Escocia* se desvaneció como el humo de los cañones británicos. El país cayó en desgracia con la nueva derrota, y las sanciones del gobierno inglés arrancaron de raíz cualquier esperanza de ver a un Estuardo en el trono de Inglaterra. No se volvió a escuchar el nombre de la gran esperanza escocesa. Tan solo quedaron los recuerdos de sus aventuras y sus hazañas. Aunque muchos creyeron que *La sombra de Escocia* había muerto en Culloden Moor, su nombre y su leyenda siguieron

vivos en los corazones de los jacobitas, quienes contaron sus aventuras en las frías noches de invierno junto al fuego del hogar.

CAPÍTULO I

En algún lugar de las Highlands, 1749.

UN GOLPE SECO EN LA PUERTA ALERTÓ A LOS HOMBRES QUE SE encontraban reunidos en aquella apartada posada. Se miraron entre sí en un intento por descubrir si alguno conocía al misterioso visitante, pero ninguno emitió palabra. En cambio, se prepararon para defender su vida y, en pocos segundos, los filos de las dagas escocesas, los *dirks*, y alguna que otra arma de fuego salieron a relucir. Las velas que iluminaban débilmente el lugar fueron cubiertas con destreza para evitar que la luz delatara las posiciones de cada uno de ellos.

Era noche cerrada. El viento soplaba entre los árboles con violencia, y una lluvia sesgada caía sobre los postigos de las ventanas. Infinidad de gotas empapaban los cristales e impedían observar el exterior. En medio de la oscuridad, nadie osó moverse por miedo a delatar su presencia; solo el que parecía ser el cabecilla se levantó con sigilo y se dirigió hacia la puerta empuñando su pistola.

Los golpes se hicieron más intensos y frecuentes. Quienquiera que estuviera del otro lado parecía tener prisa por entrar. El hombre abrió la puerta y dejó una pequeña apertura por la que escuchó las palabras:

—Salve al legítimo heredero. —El visitante mostró a través de la rendija la gorra en la que llevaba prendida una escarapela de color blanco.

La puerta se abrió en cuanto dijo la contraseña y el distintivo de los jacobitas fue reconocido. El personaje entró, se sacudió la capa para desprender la lluvia que lo había empapado. Vestía de negro de los pies a la cabeza y llevaba un sombrero de tres picos.

—¿Trae noticias de Francia? —le preguntaron.

El visitante asintió, mientras su mirada vagaba por la estancia y se fijaba en los rostros de cada uno de los hombres. Luego, procedió a sentarse junto a ellos. No se desprendió del sombrero ni del pañuelo que le cubría la boca y que le distorsionaba la voz.

—¿Y cuáles son esas noticias? —preguntó otro.

—El joven pretendiente aguarda una nueva oportunidad para desembarcar en la costa de Fife —respondió a través del pañuelo, mientras sus ojos centelleaban de emoción al hablar del legítimo heredero al trono.

—¿Contaremos con el apoyo del rey de Francia? —le preguntó otro.

—No puedo asegurarlo. Por ahora lo que debemos hacer es volver a reunir a los clanes leales a los Estuardo.

—No será nada fácil después del fracaso de la última rebelión —informó el que parecía ser el portavoz del grupo.

—Habrá que convencerlos para que hagan un último esfuerzo.

El silencio y el desánimo inundaron las almas de los presentes; después de la derrota en Culloden Moor y de sus nefastas consecuencias, solo un inconsciente se habría atrevido a levantar las armas contra la Corona.

—¿Qué hará mientras tanto?

—Recabaré información para nuestra causa —dijo de manera tajante.

—Tenga cuidado.

—Nadie sospecha de mí —dijo con una sonrisa—. Caballeros, brindemos por el rey.

Sobre la mesa se habían dispuesto seis vasos vino. Los hombres los alzaron para brindar.

—¡Por el rey que se encuentra al otro lado del mar! —exclamaron gritando la proclama de los jacobitas.

—Y ahora, señores, he de partir —les informó mientras se incorporaba.

—¿Cómo viajará?

—Un coche me aguarda en la puerta. Ruego discreción —pidió antes de dirigirse a la puerta. No quería darles la espalda: no se fiaba de los *chieftains* allí reunidos. Cualquiera de ellos podía ser una espía del rey de Inglaterra. Abrió la puerta y enfrentó al aguacero; ingresó al coche y salió de aquel lugar como si de un fantasma se tratara.

Cuando los hombres volvieron a estar a solas, acordaron convencidos de que en esa ocasión sí tendrían éxito; contaban con la inestimable ayuda del mejor espía de la causa de los Estuardo: *La sombra de Escocia*.